

MONSEÑOR ROMERO: EXIGENCIA, JUICIO Y BUENA NOTICIA EN EL XX ANIVERSARIO DE SU MARTIRIO

Con motivo del vigésimo aniversario del asesinato de Monseñor Romero, Jon Sobrino escribió el presente artículo en el que reflexiona sobre la presencia de Monseñor, veinte años después, en la memoria del pueblo salvadoreño, a pesar de conocidos obstáculos que han intentado enterrarla y cooptarla. Sobrino se pregunta también por la identidad de Monseñor Romero, y de dónde le vino la audacia para hablar como lo hizo. Finalmente nos recuerda la exigencia de proseguir su causa hoy y a lo largo de la historia. Ahora, con motivo de la conmemoración del XXV aniversario de su muerte, resulta oportuno recordar la figura del obispo-mártir, que nos invita a perseverar en la lucha por los pobres y la justicia a lo ancho del mundo.

Estudios Centroamericanos 617 (2000) 189-207.

El 24 de marzo del año 2000 se celebró el XX aniversario del asesinato-martirio de Monseñor Romero, y las celebraciones han mostrado varias cosas que merecen una reflexión. La primera es valorar la presencia de Monseñor, veinte años después, a pesar de conocidos obstáculos. La segunda es preguntarse de dónde le vino a Monseñor la audacia para hablar como lo hizo y vivir como vivió. La tercera es la exigencia de proseguir su causa hoy, en medio de peligros de enterrarla. Y, por último, siempre queda la pregunta sobre qué representa hoy Monseñor Romero para nuestro país y nuestro mundo.

Estas reflexiones están dirigidas a los creyentes y a todo aquel

que trabaje por la vida de los pobres y mantenga una esperanza. En este escrito tenemos en mente más directamente a las iglesias, pero también a cualquier institución (gobiernos, ejércitos, bancos, partidos políticos...). Tendrán que preguntarse alguna vez qué hacer con Monseñor Romero. O callar vergonzosamente la pregunta.

Hablamos de “juicio, exigencia y buena noticia”. Que Monseñor es “buena noticia” para los pobres es evidente. También debería serlo que Monseñor es una “exigencia” para todos nosotros a bajarlos de la cruz. Y, en su muerte, es también “juicio” a un mundo asesino que sigue produciendo muerte a lo ancho del mundo.

LA PRESENCIA DE MONSEÑOR EN ESTE ANIVERSARIO

Primera proposición. La celebración del XX aniversario ha mostrado que Monseñor Romero sigue presente entre los pobres y los solidarios de muchas partes del mundo. Esta presencia no es evidente, sino que es “triumfo”, pues acaece en contra de poderosas fuerzas que lo han querido enterrar.

En una entrevista que concedió tres semanas antes de ser asesinado, Monseñor dijo estas conocidas palabras: “Si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño. Lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad”. Veinte años después es claro que Monseñor Romero estaba en lo cierto, y lo ocurrido en este XX aniversario no deja lugar a dudas.

Han sido días de celebraciones de actos académicos, de eucaristías sentidas. En todo ello han participado gentes del país y de otras muchas partes del mundo. El pueblo salió a la calle, y su respeto y devoción, su contento y su gozo, eran inocultables. Y hay que asentar bien que ese gozo suyo no era alienación u olvido, sino recuerdo y agradecimiento que no puede quedar mudo para siempre.

Monseñor estaba en lo cierto, y estos días no han hecho más que universalizar su resurrección. Don Pedro Casaldáliga lo ha proclamado “santo universal”. En los anhelos de justicia, dignidad y vida de los pueblos crucificados, en el

compromiso de hombres y mujeres de muchas partes, Monseñor ha resucitado realmente.

Hay que ser conscientes de que esta resurrección no es obvia. Ha ocurrido sin viento a favor, teniendo, prácticamente, a todos los poderes de este mundo en contra. Durante veinte años, oligarquías, militares, gobiernos y también algunos poderes eclesiásticos han querido silenciar y enterrar a Monseñor. A favor suyo ha tenido a grupos de seguidores y solidarios, y a un pueblo que lo ha mantenido vivo, aunque sólo sea con la esperanza de su desnudez.

Si esto es así, aquí está el dedo de Dios. Y si Monseñor sigue presente a pesar de tantos poderes, entonces eligió bien el término “resurrección”, pues éste expresa no sólo vida, sino triunfo sobre la muerte. El Monseñor que vive ha triunfado sobre difamaciones en vida y sobre la impunidad y el encubrimiento alrededor de su asesinato. Ha triunfado sobre los intentos de olvidarlo y manipularlo. Quienes querían enterrarlo han perdido una batalla, que pelearon sin reparar en la ética de los medios, pero todo ha sido en vano, y hasta la Asamblea legislativa, que promulgó una amnistía injusta y encubridora, no ha tenido más remedio que declararlo “ciudadano meritísimo”, y reconocerlo como pastor que luchó por alcanzar la justicia, la libertad, la democracia y la paz. Monseñor no sólo ha re-

sucitado, sino que ya ha triunfado sobre sus adversarios, aunque les sigue tendiendo la mano de la reconciliación. No es un mito inflado -como desearían algunos-, sino que se ha impuesto, suave, pero inexorablemente, por su propia realidad. Y esto explica también el gozo de los pobres: al menos, por una vez, quien los defendió ha salido triunfante sobre quienes les oprimieron.

Esto es lo primero que hay que destacar en este aniversario. Monseñor Romero “tenía razón”. Recordarlo no es arrogancia. Recordar la resurrección de Monseñor expresa el gozo de que esta nuestra cruel y encubridora historia, a veces milagrosamente, muestra su

mejor rostro: el gozo de Dios que ha hecho justicia. Las víctimas de este mundo pueden tener una esperanza, y esto es una buena noticia en un país de 70.000 víctimas.

Y junto a esta esperanza, surge también la esperanza de que se hagan realidad las palabras de Monseñor Romero: “que mi sangre sea semilla de liberación”. Esperanza para el pueblo y también esperanza para la iglesia: “Ojalá, sí, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”. Y por lo que toca a reconciliación: “puede usted decir, si llegan a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan”.

LA IDENTIDAD DE MONSEÑOR: IDENTIFICACIÓN CON EL PUEBLO Y CON SU DIOS

Segunda proposición. En Monseñor Romero se operó un cambio decisivo que llegó a configurar en su identidad más profunda: total identificación con su pueblo, con sus sufrimientos y esperanzas, y total confianza y fidelidad al misterio de Dios, como Dios de los pobres.

Monseñor Romero acertó, pero cabe preguntarse cómo pudo decir semejantes cosas, de dónde sacaba la lucidez y convicción para decir lo que nadie ha dicho, y decirlo con toda naturalidad. Veamos cómo, de mártir a mártir, entendió Ignacio Ellacuría las raíces más hondas de Monseñor:

“Sobre dos pilares apoyaba Monseñor Romero su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar trascendente que era su persuasión de que, últimamente, Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal”.

El misterio de un pueblo sufriendo y esperanzado

Comencemos analizando el

“pilar histórico”. Puede discutirse si en Monseñor se dio un cambio o una conversión, pero lo que es indudable es que en un momento de su vida “su pobrería” entró en su corazón y en su mente, e hizo de él un hombre y un creyente nuevo, sin fisuras, un creyente cabal.

Esa esencial referencia a su pueblo se le convirtió en segunda naturaleza, de la cual ya nunca pudo despojarse. Y esa referencia esencial es lo que explica la novedad radical de Monseñor en el ser, el hacer y el hablar, como ha quedado expresado en las siguientes frases suyas: “el pueblo es mi profeta”; “con este pueblo no cuesta ser buen pastor”; “fíjense que el conflicto no es entre la Iglesia y el Gobierno. Es entre el Gobierno y el pueblo. La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia. ¡Gracias a Dios!”; “yo tengo que escuchar qué dice el Espíritu por medio de su pueblo y analizarlo y, junto al pueblo, hacerle construcción de la Iglesia”; “que mi muerte sea por la liberación de mi pueblo”; “mi vida no me pertenece a mí, sino a ustedes”.

Se ha dicho que en veinte siglos de Iglesia no ha habido homilías como las de Monseñor, lo cual pudiera parecer exagerado, pero lo que nos parece cierto es que lo que hay de verdad profunda en esta afirmación tiene su explicación en el impacto que causó en Monseñor Romero el sufrimiento y la esperanza de su pue-

blo. Monseñor fue agraciado y liberado de sí mismo por el Espíritu de Dios, pero la mediación histórica de esa gracia fue “el pueblo que tanto le amó”, como dice la copla popular. Y una vez consumada esta gracia, Monseñor comenzó a ser y hablar de manera muy otra, como si se le hubiera desvelado la profundidad y la sencillez de lo humano y lo cristiano.

Con ese cambio Monseñor no tuvo que negar nada de lo bueno anterior, pero algo nuevo le fue dado: la *libertad* para que nada se convirtiese en obstáculo para servir al pueblo (“les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige”); la *compasión* para que nada hiciese pasar a segundo plano su sufrimiento (“a mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres”); la *esperanza* para que la palabra final fuese siempre una buena noticia (“sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor”).

Lo más profundo de la gracia que se le concedió fue la pasión por la cercanía e identificación con el pueblo: “me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida”; “sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son un testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo”.

No habla aquí un místico ni un masoquista. Habla un hombre y un

cristiano agraciado que quiere ser real en y con su pueblo. “No queremos ser diferentes”, pareciera decir Monseñor Romero, desafiando siglos de tradición eclesialística.

El Dios de los pobres, misterio santo e inmanipulable

Veamos ahora “el pilar transcendente”. Durante toda su vida, Monseñor Romero fue honrado creyente, pero -en medio de su pueblo- Dios se apoderó de él y lo configuró de manera distinta y radical. Y en ese Dios encontró lo más profundo suyo.

Dios era para Monseñor Romero misterio santo, lo que está más allá y en lo más profundo de todo lo humano. Era el Dios que juzga con severidad, pero que salva sin someter y da sin empequeñecer. Por ello remitirse a Dios fue para Monseñor Romero fuente de salvación. Seis semanas antes de ser asesinado, Monseñor denunció con dureza la realidad del país: “ayudados, indudablemente, por elementos del Ejército Nacional en contradicción con lo que prometió el 15 de octubre, siguen las capturas ilegales, la tardanza de las investigaciones, una cierta inoperancia -por no decir mala voluntad- de investigar todas las maniobras y acciones criminales de la extrema derecha”.

Y en ese contexto de la realidad del país Monseñor Romero se elevó a la transcendencia y habló

de Dios para encontrar en Él lo que humaniza y salva: “¿quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!”

Ese misterio de Dios, inabrazable e invisible, se le dejó ver en el rostro de los pobres como Dios de vida, Dios de justicia, Dios de las víctimas, y también Dios de esperanza y resurrección. Y esa novedad de su fe se hizo notar en lo exterior de su vida.

Aunque la experiencia de Dios nunca es adecuadamente verificable, fue patente para todos que Monseñor, que no era considerado “medellinista”, empezó a encontrarse en Medellín como en su propia casa. Lo que ocurrió es que Medellín comenzó a hablar a Monseñor de los pobres y de su Dios, y reencontró a ese Dios que siempre ha sido en la Escritura: “Padre de huérfanos y viudas es Dios”.

Y de ahí también, que Monseñor Romero, cristiano y obispo, retomase novedosamente lo que en esa tradición habla de un Dios de los pobres y de unos pobres que claman a Dios. Así, parafraseó el dicho de San Ireneo: “La gloria de Dios es el pobre que vive”. Puso en práctica cotidiana -hasta el martirio- lo que, en el siglo XVI, se exigía a los obispos: “ser, *por oficio*, defensores del indio”. Orientó su ministerio desde la supremacía absoluta de la vida del

pobre y, siguiendo la tradición de Bartolomé de las Casas, llamó a su pueblo “el divino traspasado”, “el Cristo crucificado”, “el siervo sufriente de Jahvé” que carga sobre sus hombros el pecado del mundo.

Dios y pobres, pobres y Dios, lo que estaba unido desde el principio, pero que muchas veces ha sido separado por las iglesias, es lo que unificó Monseñor Romero en su persona con profundidad inigualable. Ante Dios y con Dios

vivió y caminó siempre en total fidelidad, y en ello encontró el sentido y gozo de la vida. “En mi vida no he sido más que un poema del proyecto de Dios... He tratado de ser como Dios quería que fuera”.

Si alguien quiere saber por qué Monseñor vivió, habló y amó como lo hizo, la respuesta nos parece ser que a Monseñor Romero se le concedió “ver” al pueblo y a su Dios en su realidad más profunda, eso lo convirtió en el nuevo Monseñor Romero.

LA NUEVA TRADICIÓN DE MONSEÑOR: PROSEGUIR SU OBRA Y SU CAUSA

Tercera proposición. Como toda tradición la de Monseñor Romero puede tomar direcciones distintas. La tradición verdadera de Monseñor Romero consiste en construir un “cuerpo eclesial” para “salvar a un pueblo”, tareas necesarias, pero hoy descuidadas.

Cómo recordar a Monseñor

Monseñor Romero ha generado tradición universal y por eso lo recordamos. Pero se le puede recordar bien o mal. La pregunta es cómo recordar a Monseñor Romero adecuadamente, y digamos que la respuesta fue dada hace dos mil años.

La noche antes de ser asesinado, Jesús de Nazaret reunió a sus amigos en una cena de despedida.

Hablaron de lo que había sido su vida y de lo que debía ser en el futuro. Jesús tomó pan en sus manos, lo partió y se lo dio a sus amigos. El simbolismo es claro: vivir es partirse y compartir, como lo había sido la vida de Jesús. Y, como se trataba de una despedida, Jesús añadió: “si quieren hacerme presente, vivan así”, “hagan esto en recuerdo mío”.

Para “hacer” bien las cosas hay que “recordar”, y para “recordar” como se debe hay que “hacer”. Recordar a Jesús siempre ha consistido en seguir a Jesús —y sin esto no hay cristianismo. Pues bien, de manera semejante, celebrar, hacer presente a Monseñor, es, ante todo, seguirle en la propia vida, en el modo de mirar la realidad, de esperar, de hacer y de celebrar. Sin esto, aquello podrá ser manipulado y aun tergiversado. Con

esto, Monseñor Romero seguirá presente, benéfico y liberador, en el mundo y en la Iglesia.

En la preparación de la misa de su funeral, pensando en cómo debería ser la homilía, alguien propuso que, en la primera parte, el celebrante hablase de las lecturas bíblicas y de la figura de Monseñor, pero se insistió en que la segunda parte de la homilía comenzase así: “Y ahora, vayamos a los hechos de la semana”. Lo que se quería es que la predicación no sólo fuese *sobre* Monseñor, sino *como* la de Monseñor. Se quería comenzar la tradición de Monseñor Romero no sólo hablando *acerca de él*, sino *como él*.

En los veinte años que han transcurrido desde entonces la tradición de Monseñor ha ido por buen camino siempre que “hemos hecho y dicho” como él “hacía y decía”. Hoy tenemos el privilegio de poder mantener la tradición de Monseñor Romero, pero tenemos también la obligación y responsabilidad de hacerlo de la manera adecuada. No hay que quedarse admirando a Monseñor y cantando sus glorias, sino que hay que proseguir su causa. En el recuerdo de Monseñor, existen posibilidades y peligros, y vamos a comenzar analizando los peligros.

El peligro de una tradición adulterada

A Monseñor Romero se le puede desvirtuar cuando se le ignora

o cuando se le tergiversa, a veces con premeditación y alevosía. De todas formas, hoy es prácticamente imposible proceder como si Monseñor no hubiese existido, después de que Juan Pablo II rezó, hincado, sobre su tumba, y desde que su estatua preside la fachada principal de la abadía de Westminster en el corazón de Londres. No es fácil, pues, silenciar a Monseñor burdamente, pero se le puede desvirtuar de muchas otras maneras.

Una es cuando se le reduce a sólo una dimensión de su realidad, a sacerdote piadoso sin pueblo real, sufriente, luchador y esperanzado. Es la tentación más normal de las iglesias. O cuando se le reduce a salvadoreño sin necesidad de transcendencia ni de un Dios -al que se piensa alienante-, como si el misterio de Dios no impulsase la historia para que dé “más” de sí y no fuese la reserva de verdad y de gracia que sana los subproductos negativos de las luchas de liberación, aunque sean justas. Es la tentación más normal de algunas izquierdas. En cualquier caso, el peligro mayor consistiría en hacer de Monseñor objeto de propiedad privada, como si la gracia y la verdad tuviesen dueño y no fuesen de todos.

Se le puede desvirtuar también en el proceso de beatificación y canonización, canonizando a un Monseñor Romero aguado, no al Monseñor recio y valiente, que se enfrentó con todos los poderes del país, denunciándolos y desenmas-

carándolos, que murió a manos de asesinos. De forma más radical, la beatificación pudiera desvirtuar a Monseñor, interpretando su subida a los altares como benevolencia eclesial y favor que se le hace. Esto lo rechazó con claridad el arzobispo de San Salvador en la homilía de 24 de marzo, pues en ella habló de la “santidad excepcional” de Monseñor Romero, y añadió que la beatificación y canonización “nada pueden aumentar su gloria”.

Y se le puede desvirtuar, por último, si se le reduce a objeto de exaltación y entusiasmo, sin tener ningún interés en Jesús de Nazaret -que no vino a ser servido sino a servir- haciendo a veces lo contrario de lo que hizo Jesús. Es bueno que se desborde el gozo, pero no basta la exultación y el gozo. Sólo con ellos el verdadero Monseñor Romero se diluye.

La verdadera tradición: construcción de un cuerpo eclesial para salvar al pueblo

Si estos son los peligros, hay que analizar ahora en qué consiste la verdadera tradición de Monseñor Romero para proseguir lo que él hizo en su día. Las situaciones no son idénticas, pero persiste un cierto isomorfismo entre los problemas que enfrentó Monseñor y los que nosotros tenemos que enfrentar en la actualidad.

El mundo en que vivimos sigue siendo de cruel pobreza, de

gravísima injusticia y de inicua desigualdad. La Organización Mundial del Trabajo acaba de decir que “un 80 por ciento de la población centroamericana vive en la pobreza”, y ahí está El Salvador con su pobreza, desempleo, migraciones para sobrevivir, corrupción... La violencia bélica de los ochenta ha desaparecido, pero la violencia cotidiana nos sitúa como el país más violento del continente. Los acuerdos de paz deambulan tristemente y siguen sin tener vigencia alguna. El desencanto es rampante, el pueblo salvadoreño sigue, pues, crucificado.

La Iglesia, por su parte, no es la de Monseñor Romero. Los juicios deben ser aquí diferenciados, sin caer en generalizaciones injustas. Pero, en conjunto, no se comprende a sí misma desde la misión de bajar al pueblo de la cruz, aunque haya importantes excepciones. Vista desde su interior, la Iglesia más parece disgregación de movimientos que cuerpo compacto, decidido a luchar por los pobres; más parece lugar de consue- los fáciles e infantilizantes que de fe razonada y comprometida

No hay que caer en simplismos ni predecir mecánicamente lo que hoy haría Monseñor Romero. No me cabe duda de que enfrentaría las novedades que va trayendo la historia: ecología, diálogo interreligioso, ecumenismo en serio y, sobre todo, la situación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia. Vista nuestra situación nacional y

eclesial, y dados los graves males que nos aquejan, nos parece necesario y urgente mantener vivo a Monseñor Romero en aquellas tareas en las que él fue insigne y siguen hoy teniendo una clara vigencia. Sin ser exhaustivos, éstas son algunas de ellas.

La primera es decir la verdad de la realidad. Recordar a Monseñor significa ante todo *decir la verdad*, expresada como palabra de *denuncia* de una realidad que es pecado: pobreza, injusticia, violencia, y que es deshumanizante: desencanto, sentimiento de orfandad, pseudocultura alienante. Debe ser dicha con *libertad* ante los poderosos, con la claridad de una palabra que pueda ser entendida por todos y no se convierta en palabra abstracta que termina convirtiéndose en palabra estéril. Debe ser dicha con *parcialidad* hacia los pobres, sin apelar a una Iglesia de todos por igual, que termina siendo una Iglesia de pocos, los más pudientes. Debe ser dicha con *vigor* proporcional a la magnitud de los males. Y debe ser dicha, por último, con *credibilidad*, por los análisis en que se fundamenta y por la fortaleza ante ataques y persecuciones. Se trata de ser “voz de los sin voz”, en palabras de Monseñor Romero. O, como decía Ignacio Ellacuría al hablar de la universidad, se trata de ser “ciencia de los que no tienen voz”. Con todos los matices necesarios, se trata de volver a las homilías de Monseñor Romero.

La segunda es analizar la rea-

lidad y sus causas. Recordar a Monseñor significa analizar las causas de la pobreza, la injusticia, la violencia, la deshumanización cultural. Visto el silencio eclesial actual en este campo, significa volver a las cartas pastorales de Monseñor, llenas de doctrina del evangelio y de la doctrina social de la Iglesia. Significa recoger la ciencia de expertos en economía, sociología, política, teología, pastoral. Significa hacer central el conocimiento de la realidad, la sabiduría del pueblo. Así lo hizo Monseñor Romero antes de escribir su cuarta carta pastoral.

La tercera es exigir y trabajar por el cambio estructural. Recordar a Monseñor significa trabajar por el cambio de estructuras, denunciar y combatir el neoliberalismo y el capitalismo, sabiendo que Dios y los pobres nos pedirán cuenta por la inacción y el silencio. Esto es volver a Medellín, que denunciaba la injusticia estructural, a la que también llamó “violencia institucionalizada”. Es volver a Ignacio Ellacuría, quien hablaba de pueblos enteros crucificados a quienes la Iglesia debe bajar de la cruz. Significa hacer todos los esfuerzos posibles para revertir la historia. Hoy en día significa urgir el cumplimiento de los acuerdos de paz para defender a las mayorías pobres e indefensas.

La cuarta es impulsar una evangelización liberadora. Recordar a Monseñor significa volver a la concepción liberadora de la evangelización en palabras y en

obras. Hacer no sólo obras benéficas, sino también liberadoras, es decir que, además, se dirigen a arrancar la raíz de los males. Todo esto que antes se llamaba “liberación”, está muriendo la muerte de mil cualificaciones y prudencias. Liberación es palabra olvidada en la Iglesia, como si no fuese central en Medellín y Puebla, en la *Evangelii Nuntiandi* y en el evangelio de Jesús. El problema está en que esa misión de liberación necesita de una Iglesia dispuesta a ello, y no es fácil encontrarla. Lo que Monseñor Romero nos pregunta es si existe tal Iglesia, si se hace de la liberación misión central de la Iglesia. Y nos recuerda que sí lo fue para Jesús, y que esa misión liberadora nos acerca al Dios de Jesús.

La quinta es llevar a cabo una evangelización madura, no infantilizante. Recordar a Monseñor significa ofrecer a todos una religión madura y razonable, no sólo entusiástica e infantilizante, como si, con tal de salvar la existencia de Dios, aunque no se parezca al Dios de Jesús, y de una transcendencia, aunque no remita a la historia, todo lo religioso deba darse por bienvenido, aunque a veces raye en la irracionalidad y en alienación. Es comprensible que las mayorías pobres, dado que la economía no soluciona sus problemas y los políticos no les defienden ni orientan, busquen un consuelo en la Iglesia que no encuentran en ninguna parte.

Hay que recordar que también

en tiempos de Monseñor se daban tal tipo de problemas, a veces más agudos. La diferencia está en que entonces la Iglesia consolaba porque se acercaba, se solidarizaba y se identificaba con el pueblo, y así lo hacía crecer y madurar, en su conciencia salvadoreña y en su fe. La Iglesia iba a los pobres y sufrientes, y no los esperaba en el templo. Las dificultades de la pastoral actual son obvias, pero el pueblo debe tener una dirección pastoral seria, evangélica y salvadoreña. La Iglesia debe conocer la realidad social, familiar, laboral, juvenil, migratoria... De otra forma, sin análisis propios, sólo queda pedir prestados métodos pastorales de fuera, que, en buena parte, son inadecuados.

Y si se nos permite añadir una reflexión actual, hay que recordar que Monseñor Romero apreciaba las celebraciones populares, pero las ponía al servicio de la evangelización liberadora. No estará de más preguntarse cómo celebraría hoy Monseñor Romero el Jubileo 2000, cómo y que tipo de conversión exigiría. Desde esta perspectiva, no estaría mal que la Iglesia salvadoreña en este año jubilar, pidiera perdón por su participación en los males de la guerra, y por lo que no han hecho bien para proseguir la tradición de Monseñor en los últimos veinte años. Tampoco hubiese estado mal que la Iglesia de Estados Unidos hubiese pedido perdón por lo que sus gobiernos han hecho contra el pueblo salvadoreño y muchos otros pueblos pobres del tercer

mundo. Y que la Iglesia vaticana, junto a otros pecados, pidiese también perdón por el trato que, en vida, dio a Monseñor Romero y a varios otros obispos, sacerdotes, teólogos, laicos y laicas.

La sexta es la construcción de un cuerpo eclesial. Recordar a Monseñor significa trabajar por construir un cuerpo eclesial en el que todos se lleven mutuamente y aporten lo suyo a la misión y a la santidad de esa Iglesia. Monseñor Romero propició una Iglesia comunitaria y creativa. La animó al testimonio y a la credibilidad. La animó a ser sal que fermenta la masa y luz que ilumina la oscuridad. Así lo decía: “ustedes, una Iglesia tan viva, tan llena del Espíritu santo”. Recordar a Monseñor significa trabajar para volver a una Iglesia como la suya, Iglesia de los pobres. Volver a un cuerpo eclesial unido, decidido y orgulloso de su misión.

Por último, dar esperanza a un pueblo sufriente. Recordar a Monseñor significa generar y mantener esperanza. Bien está ofrecer un más allá bienaventurado que traiga consuelo, pero la Iglesia debe fomentar también la esperanza de que la vida es posible, de que la creación de Dios puede llegar a ser entre nosotros como aquella mesa compartida de la que nos habló el mártir Rutilio Grande. “Si a un pueblo le quitan la esperanza le han quitado todo”, dice don Pedro Casaldáliga. “Hay que defender lo mínimo, que es el máximo de Dios: la vida”, dijo

Monseñor Romero en Puebla. Como dice el salmo “La esperanza de los pobres no perecerá.” Esa es la apuesta de Dios, su utopía. Esa debe ser la misión de la Iglesia.

Muchas otras tareas tiene ante sí la Iglesia salvadoreña: fomentar el ecumenismo, la ecología, devolver dignidad y derechos a la mujer... Nosotros nos hemos fijado en las que siguen siendo más urgentes y a las que impulsa la tradición de Monseñor. Pero lo más importante nos parece ser recuperar la perspectiva de Monseñor Romero por lo que toca a la misión de la Iglesia: salvar a un pueblo. Así lo dijo Ignacio Ellacuría en un artículo, escrito pocos meses después de su martirio: “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”.

Este es el *pathos*, hoy ausente, que la Iglesia debe retomar de la tradición de Monseñor Romero: vivir y desvivirse por la salvación del pueblo. La perspectiva popular y totalizante es la que ofrece a la Iglesia, en todo lo que hace, un principio y fundamento para su misión evangelizadora y para su identidad como pueblo de Dios. Es “fundamento” porque sobre ello puede edificar muchas otras cosas: evangelización, doctrina, teología, pastoral, trabajo social... Y es “principio”, pues desde ello puede crecer la fe y la oración, el compromiso y la mística, la misericordia y la esperanza, y todo ello hasta el martirio, como lo mostró espléndidamente la Iglesia

seguidora de Monseñor.

¿Es esto posible? Ya hemos mencionado las limitaciones, pero hay que mencionar también el potencial eclesial. En estos días de aniversario han ocurrido muchas cosas que dan esperanza, si se las pone a producir. En la celebración fue notable la dedicación de muchísimas personas para hacerla posible, de instituciones, sacerdotes y obispos que se hicieron presentes, el respeto y la devoción que se sentían en concentraciones de miles de personas, la solidaridad internacional. También ha sido notable el número de retiros, talleres, conferencias y escritos con la finalidad de que Monseñor llegue al corazón y al mundo de las ideas. Ha sido notorio el carisma y la palabra de don Samuel Ruiz y de don Pedro Casaldáliga, para poner dos ejemplos significativos, junto a los de muchas

otras personas, silenciosas, menos visibles, pero no menos reales...

Y no sólo en el aniversario. En estos veinte años se han ido acumulando tradiciones locales, actividades, libros y organizaciones de solidaridad que, sin mucho viento a favor, ofrecen un gran potencial para recordar a Monseñor. Y no se desvanece el cariño de la gente ni la terquedad salvadoreña del esfuerzo en el día a día.

No partimos de cero. Sólo cuando hay realidad puede ésta aflorar como afloró. Pero proseguir la causa de Monseñor, mantener viva su tradición, es exigente y oneroso. Sin embargo, como dice el evangelio, cuanto más carga uno con esa tradición más esa tradición carga con uno, y éste es el gran potencial que tiene la Iglesia salvadoreña, latinoamericana y universal.

MONSEÑOR ROMERO PROFECÍA, JUICIO Y BUENA NOTICIA

Cuarta proposición. Monseñor Romero es hoy, en definitiva, una buena noticia para los pobres y para quienes se solidarizan con ellos, Pero es también profecía y juicio a este mundo, mundo que dio, y sigue dando, muerte a justos e inocentes.

Terminemos por donde comenzamos. Monseñor es un mártir y un santo universal y la canonización popular es evidente. Sin mucha ciencia ni derecho canóni-

co, pero con un gran *sensus fidei*, que palpa la presencia de Dios en nuestro mundo, el pueblo, “su pobrería”, así lo reconoce. Ha santificado el día de Monseñor -24 de marzo-, sus lugares, la música, y la poesía con innumerables cantos y corridos populares, las calles y caminos con manifestaciones y procesiones.

La canonización popular de Monseñor no es la oficial, y a ella habrá que esperar. Pero no hay que

olvidar que ésta vive de aquélla, y no a la inversa. Llamar a Monseñor santo no significa contravenir ninguna norma, ni desafiar ningún canon. Significa experimentar que ha ocurrido algo muy especial: que se ha visto el paso de Dios por este mundo, que se ha sentido el soplo del Espíritu y que se ha agradecido la aparición entre nosotros de la buena noticia de Jesús.

¿Cómo expresa el pueblo esa experiencia tan suya? Lo he podido escuchar con frecuencia en estas o semejantes palabras: “Monseñor Romero dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”.

Que dijo la “verdad” y fue profeta lo recuerdan muy bien quienes escucharon denuncias como éstas: A los ricos les dijo: “la oligarquía está desesperada y está queriendo reprimir ciegamente al pueblo”. A los militares: “cese la represión”. Al Gobierno: “¿dónde están las sanciones a los cuerpos de seguridad que han hecho tantas violencias?”. A los medios de comunicación: “falta en nuestro ambiente la verdad”. “Sobra quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida”. Al gobierno de Estados Unidos: “estamos hartos de armas y balas. El hambre que tenemos es de justicia, de alimentos, de medicinas, de educación”.

Y también recuerdan las denuncias a la Iglesia, cuando ésta se orientó hacia “unos intereses económicos a los cuales lamenta-

blemente sirvió, pero que fue pecado de la Iglesia, engañando y no diciendo la verdad cuando habría que decirla”. Cuando prostituyó la religión: “la misa se somete a la idolatría del dinero y del poder cuando se usa para cohesionar situaciones pecaminosas... Y lo que menos importa es la misa, y lo que más importa es salir en los periódicos, hacer prevalecer una convivencia meramente política”. Y elevando a tesis sus denuncias a la Iglesia, dijo lapidariamente: “el cristiano que no quiera vivir este compromiso con el pobre no es digno de llamarse cristiano”.

Que “por eso lo mataron” y fue juicio al mundo lo muestra claramente la reflexión que hace el Nuevo Testamento sobre la cruz de Jesús. Que Monseñor Romero, el hombre bueno y justo, muriese asesinado quiere decir que este mundo es asesino, como también lo acusan los 800 millones que viven en pobreza crítica, biológica. En vida, Monseñor fue profeta inigualable; en muerte, es el Cristo crucificado, juicio al mundo, que acusa al mundo de pecado. Monseñor Romero denuncia, desenmascara y condena sus crímenes.

Que “nos defendió a nosotros de pobres” expresa lo más profundo que éstos vieron en Monseñor: una buena noticia. “Monseñor Romero es la única imagen que tenemos de Dios”, decía estos días un anciano en un asilo de pobres. La gran pregunta para la teología es “cómo decir a los pobres que

Dios los ama” (Gustavo Gutiérrez). A esta pregunta respondió Monseñor con su vida toda.

En un mundo de mentiras, de crueldad y de violencia, con Monseñor Romero apareció la verdad, la compasión y la reconciliación. En un mundo que prescinde de Dios o lo infantiliza, con él apareció la fe que confía en el misterio último. Ver juntas verdad y compasión, firmeza y amor, confianza y disponibilidad, no ocurre con frecuencia. Ver juntos juicio y buena noticia, al Monseñor duro e implacable contra la opresión que da muerte, y, a la vez, delicado y entrañable con los débiles es

una buena noticia. Amó a los pobres y les hizo sentir que no tenía ningún otro amor mayor que el que les tenía a ellos.

Próceres, héroes, santos incluso, puede haberlos. Se los podrá admirar, venerar, agradecer quizás, pero rara vez son queridos. Eso, sin embargo, es lo que ocurrió con Monseñor, y eso es quizás lo más específico suyo. A pesar del paso de los años, su recuerdo no se ha convertido en recuerdo frío, de museo, sino que sigue siendo recuerdo cálido y cariñoso. Hasta el día de hoy, la gente, los pobres, quieren a Monseñor Romero.

Condensó: JOAQUIM PONS

Las autoridades religiosas caen fácilmente en la tentación de divinizarse, es decir, de identificar a Dios con sus propias opiniones e intereses, sin la menor reserva crítica, ni apertura a la crítica externa, como ocurrió en la época de Jesús. Además, tienden a deshumanizar la religión, agobiando con multiplicidad de preceptos y advertencias a los fieles. De esta manera, utilizan la relación con Dios como instrumento para dominar sobre las conciencias. Esta es la queja de Jesús respecto a las autoridades religiosas de su época y la gran enseñanza del mismo Mateo para su comunidad y, en general, para la Iglesia universal.

J. A. ESTRADA, *Para comprender cómo surgió la Iglesia* (Estella, Verbo Divino 1999).